

SOBRE INSTINTOS Y LIBERTAD EN FREUD Y UNAMUNO ¹

Unamuno concede una importancia excepcional al mundo de los instintos en el entramado de *Del sentimiento trágico* y en el resto de su obra. Concedor de Schopenhauer y de su identificación voluntad-instinto sexual², del vitalismo de Nietzsche, y de la obra de su coetáneo Freud, adopta una actitud seriamente analítica de los procesos instintivos por vía de creación literaria —teatro, novela, poesía—, de ensayo filosófico también, y se somete a un casi continuo autoanálisis, por ser el hombre que tiene más a mano, y para poder predicar al hombre real y concreto (VIII, 288).

Tanto desde su yo contemplativo, intimista, pasional y pretendidamente antirracional, como desde su vertiente de hombre activo, crítico sociopolítico, racional y defensor de la inteligencia, Unamuno tiene siempre presente el universo instintual y lo examina con detención. No duda en comunicar con frecuencia a los demás el resultado incluso de sus autoanálisis gracias a su gran facilidad autoproyectiva calificada por Jean Pierre Jossua «una cumbre insuperable merecedora de permanecer»³.

La llamada a la atención general sobre el papel decisivo de los instintos, su propia teoría sobre la instintividad y su método de análisis significan una importante aportación a la moderna antropología.

En este artículo me ocupo de diversos aspectos de la vida instintual considerados por ambos humanistas, Freud y Unamuno. Sobre todo en la primera parte «Instintividad y libertad en Unamuno» me sitúo en la perspectiva de la libertad tan defendida por nuestro pensador después de superar el determinismo volitivo. Es interesante este punto de mira porque dada la importancia concedida por don Miguel a los instintos cabe objetar que la voluntad, el querer del yo, se abre paso por medio de la razón —definición unamuniana de libertad— sólo aparentemente, pero que son los instintos los que dominan.

¹ El presente artículo es una adaptación de un fragmento de mi tesis doctoral *La libertad en la obra y vida de Unamuno*, dirigida por D. Fernando Montero Moliner y leída en la Facultad de Filosofía de Valencia el 18 de noviembre de 1977.

² “Y el secreto de esto está en que el instinto sexual es la esencia misma de la voluntad de vivir, y por tanto la concentración de la voluntad de vivir” (*El mundo como voluntad y representación*, trad. de Eduardo Ovejero, Aguilar, Madrid, 1929, p. 1068. En adelante MVR). SCHOPENHAUER: *Sämtliche Werke*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968, II, pp. 655-656. En adelante S.W.

³ *Mirada sobre Unamuno*, en “Tribuna Médica”, 631, 24-X-1975.

La presencia de Freud en la obra de Unamuno, una cierta connaturalidad entre ambos, postulan también diversas consideraciones sobre el tratamiento concedido a los instintos en la obra de los dos humanistas. También en esta segunda parte del artículo «Instintos y libertad en Freud y Unamuno» pretendo situarme, en buena parte del trabajo, en la perspectiva instintos-libertad.

I. INSTINTIVIDAD Y LIBERTAD EN UNAMUNO

Carlos París dedica el último capítulo de su denso libro *Unamuno, estructura de su mundo intelectual* a los instintos en la obra de don Miguel. Es el estudio más amplio y sugestivo que conozco sobre el tema y lo considero básico para ulteriores trabajos. El Catedrático de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid realiza un ejemplar esfuerzo por salvar la cultura, el humanismo, frente a la pura biología e instintividad. Los temas fronterizos entre ciencia y filosofía le son predilectos⁴.

De indudable valor son también los trabajos sobre la instintividad en Unamuno de Sánchez Granjel, experto en medicina y conocedor del pensador vasco, Gullón, Abellán y Rof Carballo⁵.

El capítulo final de Carlos París ha orientado en gran medida mi reflexión personal sobre este tema que requiere sin duda estudios mucho más amplios.

Unamuno destaca muy especialmente en *Del sentimiento trágico* los instintos de conservación y perpetuación enmarcados en un personal intento de filosofía del hambre de ser y perpetuarse en respuesta agónica a la incesante vivencia de la propia indigencia y menesterosidad. En contraste con el olvido de muchas filosofías subraya el carácter primario, profundo y decisivo de lo instintivo en la vida y cultura del hombre.

Frente a construcciones teoréticas sobre el conocimiento precisa que éste se ordena a la necesidad de conservarnos y sobrevivir: «El conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir y primariamente al servicio del instinto de conservación personal. Y esta necesidad y este instinto han creado en el hombre los órganos del conocimiento dándoles el alcance que tienen» (VII, 123). Hay una realidad que en cuanto conocida es obra

⁴ Cf. PARÍS: *Ciencia, Conocimiento, Ser*, Univ. de Santiago, 1959; *Hombre y naturaleza*, Madrid, 1970.

⁵ GULLÓN, R.: *El descenso a los infiernos*, "Teresa", novela de amor, en *Autobiografías de Unamuno*, pp. 117 ss., 218 ss. ABELLÁN, L.: *Instinto de perpetuación, La tendencia regresiva*, en *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*, pp. 116 ss. Hay, pienso, una excesiva reducción al personalismo, egocentrismo y vanidad de Unamuno. Su egotismo no es justamente valorado. ROF CARBALLO, J.: *El erotismo en Unamuno*, "R.O.", 7 (1964) 71-96. SÁNCHEZ GRANJEL, Luis: *Anhelo de pervivencia*, en *Retrato de Unamuno*, pp. 201 ss. *Instinto de perpetuación en la vida y obra de don Miguel de Unamuno*, "Medicina Clínica", VII, 1946.

del instinto de conservación personal y de los sentidos creados por él. Este instinto es el fundamento del individuo humano.

Una vez más muestra Unamuno su acuerdo con la definición spinoziana de la esencia del ser: el conato por perseverar en su ser mismo. El conocimiento, en su origen histórico, es una secuela de aquella esencia misma del ser (VII, 122). Los órganos sensoriales y el mundo sensible en cuanto percibido son «hijos del hambre» (Ib. 124)⁶.

La sociedad debe su ser y mantenimiento al instinto de perpetuación. Lenguaje, razón (conocimiento reflejo y reflexivo) son productos sociales. «El instinto de perpetuación, el amor, en su forma más rudimentaria y fisiológica, es el fundamento de la sociedad humana (...) el hombre, en cuanto ser social conoce lo que necesita conocer para perpetuarse en sociedad» (Ib.). El sentido íntimo, social, al servicio del instinto de perpetuación es la fantasía que lo personaliza todo y nos revela el mundo ideal (inmortalidad del alma, Dios) (Ib. 124, 25). Más adelante llama a la fantasía «facultad de intuimiento, de visión interior» (VII, 193). El mundo ideal es «hijo del amor» (Ib. 124).

Unamuno se esfuerza por acentuar y valorar el instinto de perpetuación, su sentido social íntimo y el mundo ideal:

Y ¿por qué hemos de negar realidad objetiva a las creaciones del amor, del instinto de perpetuación, ya que se la concedemos a las del hambre o instinto de conservación (...) ¿Quién nos dice que no haya un mundo invisible e intangible, percibido por el sentido íntimo que vive al servicio del instinto de perpetuación? (VII, 124, 25).

Goza invirtiendo el principio escolástico al afirmar: «Nihil cognitum quin praevalitum» (VII, 190; II, 566). Estamos en la línea del voluntarismo irracional, no apoyado en deducciones lógicas, del amor que en su forma más rudimentaria se identifica con el instinto de perpetuación.

En los Cap. III y VII de STV Unamuno explica el proceso creador. El hombre libre que en nada piensa menos que en la muerte —según Spinoza— es hombre muerto, falto de amor, esclavo de su libertad (VII, 132). En cambio, el furioso anhelo de dar finalidad al universo nos lleva a creer en Dios, a crearle en cierto modo «aunque El nos cree antes» (VII, 201)⁷.

Este amor-instinto de perpetuación es diferenciado y contrapuesto al querer libre que se abre paso por medio de la razón. El hombre que se limitara al ejercicio del querer-libre-racional y no fomentase el querer-instintivo-irracional, el anhelo de perdurar, moriría esclavo de su libertad.

⁶ En el prólogo a *Orígenes del conocimiento (El hambre)* de TURRÓ escribe: "Pero no es sólo el hambre lo que nos revela el mundo; es también el amor" (VIII, 1087).

⁷ ABELLÁN minusvalora con exceso, en mi opinión, el instinto de perpetuación de Unamuno como una expresión más de su egotismo (*Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*, pp. 116 ss.).

No cabe la conclusión de una instintividad creadora del conocimiento, de la sociedad, de la razón y de Dios, poseída de una potente facultad íntima, personalizante, la fantasía, como única realidad y expresión del querer, sofocadora del querer racional libre.

En la identificación instinto de perpetuación-amor y en su magnificación hay, pienso, un sabor a hiperbolismo nietzscheano. El Unamuno activo, fustigador de los instintos desatados y de las pasiones, se opone a que la instintividad ahogue la libertad. Aparece convencido de que no siempre el instinto impide el ejercicio de la libertad racional.

Esta afirmación, la instintividad no sofoca siempre la libertad, es válida también para los instintos tróficos, lúdicos, diatróficos, para la libido narcisista y para los instintos de agresión y muerte estudiados por Carlos París. En la obra unamuniana, junto al continuo análisis de los instintos, es clara la repetida y variada afirmación de libertad.

El instinto desencadenado, la pasión, atrae con frecuencia su atención. Buen ejemplo es *Abel Sánchez* subtitulada *Una historia de pasión* (1917) (II, 683 ss.) en la que, como el autor explica en el prólogo, se llega «con el escalpelo a hediondas simas del alma humana» (II, 685) y Joaquín Monegro, más víctima de la pasión de la envidia que protagonista se pregunta:

¿Por qué he sido tan envidioso, tan malo? ¿Qué hice para ser así?
(...) ¿Por qué nací en tierra de odios? En tierra en que el precepto parece ser: “Odia a tu prójimo como a ti mismo” (II, 758).

Unamuno, como algunos de sus héroes atormentados, al proceder por antítesis y cargar las tintas cuando se centra en el análisis de un instinto o pasión desbordada, no vacila en dar relieve a sus dudas y dificultades⁸.

Por el contexto de ésta y otras obras como *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, se puede afirmar que Unamuno sabe perfectamente que, con demasiada frecuencia, el instinto desbordado por la emotividad ante determinadas imágenes, dificulta y hasta impide el ejercicio de la razón y, por consiguiente, el dinamismo de la libertad. Es maestro en describir el proceso, el poder extraño, que posee el hombre para equivocarse al perder la rienda de sus propios mecanismos. Hay hasta una metafísica de la pasión que le lleva a interrogantes sobre el Destino y Dios desde esta perspectiva. Pero nunca se encuentra en Unamuno la conclusión de una voluntad determinada siempre y totalmente por los instintos.

En rápido recorrido histórico es posible demostrar el interés de Unamuno por estudiar los instintos y las pasiones desbordadas, el frecuente ahogo o mitigación de la libertad.

Nuestro pensador que ya en 1892 habla a Múgica de «sentimiento os-

⁸ Como proyección de ellas MONEGRO confiesa: “No creo en el libre albedrío, padre. Soy médico (...) No creo en la libertad humana y el que no cree en la libertad no es libre. ¡No, no lo soy! ¡Ser libre es creer serlo!” (II, 719).

curo, semiinconsciente, acaso brutal que empuja y mueve a las masas»⁹ hace referencia poco después a «necesidades oscuras, impulsos incontrolados, anhelos informulados» (IX, 656) que son causa, no efecto, de doctrinas explicativas de los grandes movimientos de ánimo.

Después de la crisis, en los años en que se intensifica el proceso de interiorización, se muestra más atento a la evolución interior de cada individuo con «el altísimo fin de educar en libertad y en verdad y en nobleza» (1907) (III, 320). Censura a los mujeriegos que de ordinario son de una mentalidad muy baja y vacíos de inquietudes espirituales, «su inteligencia suele estar en el orden de la inteligencia del carnero, animal fuertemente sexualizado, pero de una estupidez notable» (Ib. 317). A la mujer la ve sobre todo como madre y piensa que en ella el instinto de maternidad es más fuerte que el sexual. El hombre es más servil. La mujer mantiene mejor su íntima libertad espiritual (III, 485).

Los Tenorios nunca fueron de la devoción de don Miguel. Los considera vacíos de espíritu «no son como Werther, víctimas de los anhelos de su corazón, sino que lo son de la vaciedad de su inteligencia» (1908) (III, 330).

En sus afanes educativos y espiritualistas elogia a los pueblos morigerados, los únicos capaces de llevar a cabo obra de honda y duradera civilización. Es frecuente la censura de la lujuria, el juego y la embriaguez que entontecen a los pueblos y acercan el hombre al bruto (III, 325)¹⁰.

No obstante sus ataques a la lujuria y a la pornografía, no oculta Unamuno su simpatía por el amor pasión. No quiere confundir la sensualidad con los eternos y trágicos «modelos de la pasión fatal, de la pasión arrolladora» (IV, 1252)¹¹. Sin duda entre las pasiones fuertes describe y fomenta con vigor el amor apasionado de Dios y la inmortalidad en *Del sentimiento trágico* y otros muchos escritos.

De ésta su obra más conocida quiero referirme a un ejercicio sutil del funcionamiento de la psicología que consiste en acomodar unas fuerzas a otras «más íntimas y mucho menos conscientes» (VII, 263) lo que considero realizado en el fomento libre de tendencias irracionales, no lógico-discursivas para él, características en esta fase unamuniana cuando se plantea si la máxima aspiración vital está acaso «en el limbo de la subconsciencia», si cabe decir que la fuerza más íntima, el impulso a serlo todo, es lo divino que en nosotros obra (VII, 197).

Gran parte de su vida, desde su abandono del socialismo como partido, se negó Unamuno a reconocer como impulso básico del dinamismo

⁹ Carta a Múgica de 5-IV-92.

¹⁰ Repite su idea del liberalismo morigerado que no echará raíces en España sin un grupo que beba solo agua, que no tenga querida y no sepa jugar a los naipes (IV, 309; III, 319).

¹¹ En este ensayo *Cosmópolis lúbrica* (1912) cita como ejemplos a Medea, Francisca de Rímini, Romeo, Margarita Gautier, etc.

humano y de la historia el interés socio-económico que simplifica en exceso como hambre material y hace decir a Marx que son las cosas y no los hombres los que rigen la historia. Rechazó además la concepción freudiana, también simplificada, del eros como impulso primario y básico del hombre ¹².

El instinto de perpetuación fue siempre estimado como el más noble por Unamuno. Un instinto que, a veces, empuja al hombre hacia el Absoluto y otras, alternativa planteada en pleno agonismo, a la fusión con el cosmos o a la inmortalidad de la fama, cuando se debilita la esperanza de la perdurabilidad real, exigiendo al autor que se haga actor.

El largo poema *Teresa* (1923) puede ser interpretado como un intento de cantar la unión de Eros y Thanatos. En esta perspectiva lo comenta Carlos París ¹³. Moraima de Semprún Donahue concluye que el gran agnóstico de la muerte perpetua recreó el amor en sus versos para darse eternidad en ellos, para traspasar el morir: «Su ansia de ser siempre le llevó a tratar de encontrarse por el camino que sabía más seguro: el Amor» ¹⁴.

En *Cómo se hace una novela* redactada en el turbulento y crítico invierno 1924-25 y en su «Continuación» (1927) la simple aspiración a la fama, meta de intencionalidad de desterrado y crítico político, es rechazada como tentación turbadora que, sobre todo en 1927, desea superar con una contemplación activa y una política verdad. El simple anhelo de «lucir y lucirme» es superado por un «alumbrar y alumbrarme» referido no solamente a él «sino a tu yo, a nuestros yos» (VIII, 769).

El hermano Juan o El mundo es teatro (1929) obra compleja y oscura que ha sido diversamente interpretada, ofrece de nuevo el problema de ser y de representarse, de la teatralidad y la ficción como garantía de la fama. Como escribió José Antonio Marvel: «Ya no existe el burlador, sino el arrastrado por el ardor incontenible de su deseo de dominar, de poseer, de heroicarse. Unamuno mide a don Juan por sus valores propios» ¹⁵.

Sin duda el instinto de perpetuación suscita en Unamuno preocupaciones sobre el trágico problema de la personalidad, ser o no ser, verdad y sueño, realidad y ficción. Frente a la concepción materialista de la historia de Marx y frente a la libido de Freud como impulsos básicos Unamuno opone la concepción histórica de la materia, la de la personalidad como escribe en el prólogo a *El Hermano Juan* ¹⁶. Muy artificialmente

¹² V.g. *La concepción marxista, materialista de la historia* (1918) (IX, 1550).

¹³ *Unamuno, estructura de su mundo...*, p. 356.

¹⁴ *El amor como tema de eternidad en las rimas de "Teresa"*, CCMU, XXII, 1972, 31-32.

¹⁵ En "El Sol" (5-VII-1931) reproducido parcialmente por GARCÍA BLANCO en Introducción a *Obras completas*, V, p. 101.

¹⁶ Escrito en julio de 1934 (II, 714).

problematiza el instinto de perpetuación y lo orienta polémicamente por el cauce de la representación, de la teatralidad para perdurar en la fama.

En *San Manuel Bueno, mártir* (1930) la fusión con el cosmos es sugerida también como una de las salidas del instinto de perpetuación en momentos de nihilismo. Clara resonancia del instinto tanático de Freud en un anhelo de fusión total en que el sujeto y objeto anorgánico suprimen su frontera nebulosa. En *La novela de Don Sandalio* (1930) reaparece la afirmación del problema de la personalidad planteado por los anhelos instintivos de perpetuidad: «El problema más hondo de nuestra novela, de la tuya (...) de la mía, de la de don Sandalio, es un problema de personalidad». Un problema más hondo que el sexual y el del estómago. «El juego de nuestra vida, no está en cuestión sexual, como no está en cuestión de estómago». La posible oquedad del ser, el solo ser «ajedrecistas, o tresillistas, o tutistas, o casineros, o... la profesión, oficio (...) que quieras» aparece como una posible respuesta aterradora a los impulsos de perpetuación (II, 1180).

Es en las fases críticas, en los momentos en que vacila el anhelo de inmortalidad y se acentúa la inquietud por la consistencia ontológica, cuando Unamuno sugiere en su obra literario-filosófica una sombra de inmortalidad, la perdurabilidad de la fama, como salida al instinto que más atrae su atención, el de perpetuación¹⁷. Es entonces cuando el autoanálisis, la observación psicológica fronteriza con la psiquiatría, la penetración en el mundo de lo pasional e instintivo en la creación literaria se intensifican en Unamuno iluminándose mutuamente.

La atención a lo instintivo en la evolución individual no le hizo olvidar a Unamuno «los agentes sordos, ciegos de un instinto colectivo» (IX, 1223). Los descubrió en sus años de adhesión al socialismo-partido, los denunció en su crítica continua a la masificación propia de los totalitarismos y vuelve a señalarlos en 1933 ya anciano y cansado de luchas políticas. En el comportamiento del hombre masificado ve un agigantamiento de la instintividad con merma de la racionalidad y de la libertad.

Su crítica continua al militarismo y los totalitarismos señala este peligro pero esta misma crítica entraña una defensa de la racionalidad y de la libertad que no permite concluir que Unamuno, al conceder tanta importancia al análisis de los instintos, se inclinó al dominio prácticamente continuo de ellos sobre la voluntad libre racional.

Estas son mis conclusiones sobre instintividad y libertad en Unamuno:

1. Unamuno, en el conjunto de su compleja obra, concede una excepcional importancia al mundo de los instintos. Frente a antropologías

¹⁷ Lo había expresado en Orense (1903): "A medida que se amengua o apaga la fe en la inmortalidad sustancial del alma, enciéndese un furioso anhelo de salvar siquiera una sombra de ella" (IX, 83).

excesivamente teoréticas destaca el carácter primario y decisivo de lo instintivo en la vida del hombre.

2. La vida y obra de Unamuno, por el continuo autoanálisis a que se somete, por el análisis de instintos y pasiones que realiza en su producción filosófico-literaria —novela, teatro, poesía— y por la extraordinaria capacidad autoproyectiva que demuestra, significan, en contenido y método, una notable aportación al estudio de la instintividad y libertad.

3. Los instintos de conservación, reproducción y perpetuación están enmarcados en la obra unamuniana en un peculiar intento de filosofía del *hambre de ser y perpetuarse* frente a la congojosa vivencia de la propia menesterosidad e indigencia.

4. Concede un gran poder creador a los instintos. El mundo conocido en cuanto tal es obra del instinto de conservación personal y de los sentidos al servicio de éste. La sociedad, la razón, Dios, son productos del instinto de perpetuación, del amor, ayudado por la fantasía, facultad íntima, poderosa y personalizante. En esta identificación amor-instinto de perpetuación y en el poder creador concedido hay mucho del hiperbolismo nietzscheano.

5. No cabe la conclusión precipitada de una instintividad creadora potenciada por el poder personalizante de la fantasía como única realidad y expresión del querer humano y por consiguiente sofocadora siempre de la voluntad racional libre.

6. Unamuno contrapone amor-instinto de perpetuación, potenciado por la fantasía, a querer libre que se abre paso por medio de la razón. El hombre que se limitase al ejercicio del querer racional libre y no fomentase el querer instintivo irracional, el anhelo furioso de vivir, moriría esclavo de la libertad. Por el contrario, el hombre masificado que, en su quehacer socio-político, obrase al dictado del querer irracional, viviría sin libertad, esclavo de la instintividad pasional.

7. La conclusión de una instintividad que, en la obra de Unamuno, no sofoca siempre la libertad, es válida no sólo para los instintos de conservación, reproducción y perpetuación, también lo es para los instintos tróficos, lúdicos, diatróficos, para la libido narcisista, sexuales y para los instintos de agresión y tanáticos. Unamuno ofrece, junto al frecuente análisis de la instintividad, una variada y repetida afirmación y defensa de la libertad.

8. El instinto desencadenado y la pasión desbordada, que con tanta frecuencia ahoga la libertad, es objeto predilecto de estudio para Unamuno, v. g., en *Abel Sánchez, Tres novelas ejemplares* intentando llegar con «el escalpelo a hediondas simas del alma humana» (II, 685). La obra

unamuniana es un claro ejemplo de descriptiva casi fenomenológica de la pasión y del instinto desbordado por la emotividad.

9. En un intento de situar cronológicamente las fases de atención a diversos instintos en la obra de Unamuno se puede concluir:

A) Atención especial a los *instintos de masas* identificados como sentimiento, en 1892 y escritos socialistas hasta 1896.

En la crítica del militarismo alemán (1914-18).

Siempre que se opone a la masificación y cosificación del hombre en regímenes autoritarios. En la crítica antitotalitaria especialmente desde 1923 a 1936.

B) Atención a la evolución individual y educación de la libertad teniendo muy en cuenta los *instintos de conservación, reproducción y perpetuación* desde la crisis de 1897 con intensidad variable hasta 1936. Actitud que coexiste con frecuentes estudios y análisis de instintos desbordados y pasiones en novela y teatro. El fomento del *instinto de perpetuación*, tendencias al Absoluto desde 1897, culmina en *Del sentimiento trágico*. Prosigue con variantes e intermitencias hasta 1936.

C) En fases críticas regresivas afloran deseos de retorno a la infancia, al seno materno, a la inconsciencia, a la fusión con el cosmos, calificables algunos de ellos como *pulsiones de destrucción y tanáticas*. Crisis de 1924-25, 1927, 1930 y momentos del último Unamuno.

D) El *instinto sexual* es considerado frecuentemente con intención educadora. Cf. B. Con notable tragicismo en *Del sentimiento trágico* y en cierto modo asumido por *tendencias narcisistas* (no de signo freudiano) v. g., *El hermano Juan o El mundo es teatro* (1929).

E) Intento poético de fusión de Eros y Tánatos: *Teresa* (1923).

F) *Tendencias narcisistas sublimadas* pueden ser descubiertas con frecuencia en la obra de Unamuno pero casi siempre bien orientadas. Considero injusto considerarlas como prevalentes. Abundan los rechazos de narcisismo, egotismo y esteticismo. En mi opinión Unamuno no puede ser calificado de egotista ni como narciso. En serena evaluación global prevalece, pienso, el sentido crítico, el noble ideal humanista de suscitar inquietudes dignificantes, conciencia cívica y educar la libertad.

10. Frente a la concepción materialista de la historia (Marx) y a la libido de Freud como instinto básico, Unamuno destaca en el conjunto de su vida y obra el instinto de perpetuación buscando metas de totalidad, universalidad y Absoluto. En fases críticas en que se agudiza la inseguridad ontológica prevalecen los interrogantes agónicos sobre la personalidad en los que es posible descubrir *conflictos entre instintos* de conservación, invasión, perpetuación y tanáticos. No faltan momentos en que

su instinto de perpetuación es encauzado por la perdurabilidad de la fama de cierto parentesco con el Eros sublimado de Freud pero tendente otras veces a la inmortalidad y al Absoluto.

11. El continuo análisis de sí y de otros aun en las capas más profundas del ser humano, la observación psicológica fronteriza con la psiquiatría y el psicoanálisis se intensifican en determinados momentos. Entonces la penetración psicológica en el mundo de lo pasional e instintivo por la creación literaria-filosófica, análisis del ser humano concreto y autoanálisis se iluminan recíprocamente.

12. Dado el talante del pensador Miguel de Unamuno no cabe esperar en su aportación, sin duda ejemplar e inquietadora, a los problemas de la instintividad y libertad, definiciones claras, preocupación sistematizada ni gran precisión terminológica.

II. INSTINTOS Y LIBERTAD EN FREUD Y UNAMUNO

En las conclusiones anteriores es inevitable pensar en Freud (1865-1939) cuya vida coincidió casi exactamente con la de Unamuno (1864-1936), animados ambos por una afín preocupación humanista, rebeldes los dos ante la corrupción encubierta de puritanismo peculiar de la época victoriana y enfrentados noblemente con el mundo de los instintos magníficos y cuidadosamente estudiados en sus obras¹⁸.

El médico vienés, gran estilista, con amplios conocimientos de biología y psicología, pensador animado por amplias inquietudes culturales, es no sólo el investigador honesto y constante, descubridor del psicoanálisis y renovador de la psiquiatría. Es también uno de los humanistas más influyentes en nuestro siglo.

El rico Unamuno, escritor polifacético, filólogo, con vastos conocimientos de psicología, estudioso de Wundt, James, Bain, Ribot y progresivamente de Freud, opositor a Cátedra de Psicología¹⁹ se dedicó al continuo análisis del hombre, especialmente al autoanálisis, valoró en 1929 su simbolatría literaria (estética, literatura alegórica y patética) como psiquiatría (VI, 1186. P. 818).

Sin negar el hiperbolismo de esta afirmación, el estudio Freud-Unamuno es sin duda tentador y excede los límites de este trabajo.

¹⁸ Freud, lo nota GULLÓN, sufrió una gran crisis de conciencia (angustia) el mismo año, 1897, que Unamuno la suya. Cf. *Autobiografías de Unamuno*, p. 153.

¹⁹ Cf. *Influencias extranjeras en mi obra*: "Leí enormemente y de cuanto me caía en las manos, sobre todo de psicología fisiológica (...) a que he hecho unas oposiciones (...) y de filosofía (...) aparte de mis estudios filológicos. Pero siempre he leído de todo, física, química, fisiología, biología (...) (IX, 817).

Los grandes temas freudianos afloran con frecuencia en la vida y obra de Unamuno con innegables matices personales. La personalidad escindida —en Unamuno por su agonismo y su ambivalencia personal de hombre contemplativo y activo— ha atraído la atención de casi todos sus críticos.

Don Miguel se siente continuamente interpelado por la complejidad del hombre, la misteriosidad del yo y sus vicisitudes. Las regresiones a fases de la infancia, aun intrauterina (con el deseo) la redrovida, en expresión suya, en momentos críticos, tuvo mucho de refugio en la infancia para esclarecer el yo adulto y aun por temor a la aniquilación definitiva. Leyendo a Unamuno es inevitable pensar en Freud que en 1914 explicó así una regresión similar:

El punto más espinoso del sistema narcisista, la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad, conquista su afirmación refugiándose en el niño²⁰.

El valor decisivo de los primeros años en la adultez aparece en Unamuno en «el esfuerzo constante por desenterrar la infancia, para, desde ella, iluminar los conflictos vitales» como escribe Carlos París²¹. A pesar de la tendencia mitificadora de su infancia es fácil descubrir en Unamuno la resonancia de la problemática freudiana en la continuidad silenciosa, inconsciente y subconsciente de las ideas primeras. Unamuno sabe con la psicología moderna que «la niñez es la antigüedad del alma» (IX, 445) y repite con Wordsworth que el niño es el padre del hombre (IX, 87). Los primeros años, aun olvidados, colorean toda nuestra vida; huellas que aún no recordadas «siguen vivificándonos desde los soterráneos de nuestro espíritu» (VIII, 154). Desde sus análisis el humanista español pudo suscribir la afirmación de Freud sobre la veracidad de la común afirmación, confirmada con la experiencia analítica, de que el niño sería psicológicamente el padre del adulto²².

No considero arriesgado afirmar que Unamuno recurre a veces a los sueños no sólo como símbolo de fugacidad ontológica sino por afinidad con Freud. En 1918 juzga acertada para los más de los casos la teoría freudiana de los sueños (soñar lo que más falta) (IV, 1430)²³. Para Una-

²⁰ FREUD: *Introducción al narcisismo*, OC, II, 2027. Cito siempre la traducción de López Ballesteros, 3.ª, 1973, seguida de la cita correspondiente en la Standard Edition, S.E. 14, 91.

²¹ *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*, p. 386. En pp. 324-327 textos de Unamuno sobre la infancia. Cf. BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*, "La madre, su imagen en la memoria subconsciente del hombre-hijo", pp. 159 ss. GRANJEL: *Retrato de Unamuno*, "Retorno a la infancia", pp. 327 ss.

²² *Compendio del psicoanálisis* OC, III, 3405. S.E. 23, 187.

²³ Del poeta W. B. Yeats escribe: "Cita otros ejemplos de poetas, William Morris y Landor, que cantaron lo que más les faltaba. Esta teoría, que no deja de tener algún parentesco con aquella otra de Freud, nos parece bastante acertada para los más de los casos" (IV, 1430).

muno desterrado «el sueño no miente» (VI, 727), la actividad onírica está cargada de significado (deseo insatisfecho).

La comunicación, la simbología, la palabra para la toma de conciencia y solución de conflictos es arma continua y predilecta de los dos humanistas. Por experiencia de la eficacia curativa en los dos. Sin metodología psicoanalítica ni rigor científico en Unamuno. Descubrir la propia verdad y poder decirla para hacerse es tema recurrente en el español y tarea similar en ambos.

Podría detenerme en otros temas indicativos de la resonancia de Freud en la ingente obra de Unamuno: inconsciente, preconsciente, complejos edípicos, proyección, identificación, introyección, ilusión, religión, sublimación, fantasía, conflicto, angustia, neurosis, libido, psicoanálisis. No es sorprendente encontrarlos, con enfoques personales, en Unamuno que, como escribió Cassou, realizó «perpetuo análisis y sublimación de sí»²⁴. Lo hizo con cierta connaturalidad con su coetáneo Freud.

Debo limitarme al tema propio de este estudio: instintividad y libertad. De hecho toda esta temática está relacionada en Freud y Unamuno, en buena medida, con los instintos.

Antes de entrar en el tema una palabra sobre las citas directas de Freud en Unamuno.

Citas explícitas de Freud

No abundan en Unamuno las citas directas de Freud. Sin pretensión de exhaustividad me limito a las que en mi lectura del pensador español han llamado más mi atención. Un breve recorrido cronológico por ellas nos anticipa una idea aproximada de la posición de nuestro autor ante Freud en algunos aspectos del problema instintividad-libertad.

Como en el caso de otros autores ocurre lo que él mismo escribe a Clarín: «Unamuno lee algo (...) medita más, reflexiona y deja luego que le brote lo que ha hecho carne propia»²⁵.

Conocemos ya su juicio sobre la teoría freudiana de los sueños «bastante acertada para los más de los casos» (1918) (IV, 1430).

El psicoanálisis de Freud es juzgado despectivamente en 1923: «causística jesuítica de confesonario desamortizada» (VI, 561). Juicio que me hace recordar las serias palabras del creador del psicoanálisis: «Quisiéramos oficiar de confesores laicos»²⁶.

²⁴ CASSOU, Jean: *Retrato de Unamuno*, en *Obras completas*, Escelicer (VIII, 713).

²⁵ Carta a Clarín (9-I-1900).

²⁶ *Compendio del psicoanálisis*, OC, III, 3397.

Impresiona vivamente a Unamuno en 1926 *Totem y tabú* (1913):

Hace poco leía en un libro terrible —como casi todos los suyos—, de Freud, sobre el tabú y el totem, unas páginas profundamente trágicas del paso de una supuesta horda simiesca del hombre primitivo —una especie de antropopiteco— a una sociedad patriarcal, o mejor maternal. Allí se habla de cómo en ciertas hordas de monos los hijos matan al padre y se lo devoran, porque les disputa las hembras, porque quiere para sí sus hermanas, y sus hijas mismas. Y se hace muy tremendas consideraciones sobre ese sacrificio del padre en que se mezcla odio y amor —en ambivalencia, que dice Freud— admiración. Y por aquí pasa a explicar el totem.

Las páginas son profundamente trágicas pero muy significativas. En esos devoramientos, en que se devora a los padres, se funden, no es que se mezclen, amor y odio. Y a veces toman la forma de un homenaje (IX, 1205).

Unamuno ha captado el valor significativo, la ambivalencia, presencia altísima en relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio. Conoció sin duda la teoría freudiana de las pulsiones en la que el dualismo a partir de 1920 es Eros-destrucción. El, que se definió «hombre de contradicción» (VII, 262) estaba especialmente dotado para comprender las contradicciones propias de la vida instintual y las reflejó en personajes trágicos.

En el mismo artículo hay lo que él califica «lijeras disquisiciones» sobre el complejo Edipo y la dificultad de expresar el propio secreto²⁷.

Reproduce en 1933 parcialmente un diálogo Einstein-Freud sobre la prevención de la guerra desde una consideración psicológica. No deja hablar a Freud. Vuelca su criterio sobre la fecunda guerra civil (cultural, cívica) (VIII, 1193)²⁸.

En el prólogo a *El hermano Juan* (1934) disiente explícitamente de Marx y Freud en sus respectivas concepciones de los instintos primarios del hombre:

Hay dos principales concepciones llamadas materialistas de la historia, dos materialismos históricos: el de Carlos Marx y el de Segismundo Freud. Y frente a ellas, y *en gran parte* contra ellas, una que podríamos llamar concepción —acaso mejor: sentimiento— histórico de la materia (...) La concepción de la personalidad (V, 715).

²⁷ Este comentario de 1926 (VII, 669) fue publicado también en 1928 (IX, 1205).

²⁸ Por estas fechas critica a “psiquiatras sin psique ni iatría, sin alma ni cura. Que no saben no ya ponerse en el alma del paciente, sino, lo que es más importante, meter en ellos el alma de él. ¿No se le llama a esto introyección o cosa así?” (VII, 1033). Elogia un tipo de introyección que no es el analizado por Freud en *Los instintos y sus destinos* (1915).

Más adelante me detendré en este prólogo polémico, no suficientemente claro, que ironiza sobre el excesivo biologismo e identifica libido y lujuria. Es importante para conocer la posición de Unamuno ante Freud —frente a él en gran parte— y ante la sexualidad.

En 1935 se congratula de que su novela *La tía Tula* (1921) haya sido acogida favorablemente en círculos freudianos (II, 552).

Todavía en 1935 Unamuno ensaya interpretar la soltería de Castelar por algo de complejo de Edipo no superado (III, 1239).

En estas citas directas Unamuno acepta en gran parte a Freud (Teoría de los sueños, ambivalencia amor-odio).

Se sitúa frente a sus teorías también en gran parte (menosprecio del psicoanálisis, biologismo, libido como pulsión básica).

Freud y Unamuno ante los instintos. Afinidades y discordancias

No voy a hacer un estudio sistemático ni histórico de la posición de Freud ante el misterioso mundo instintual. Voy a limitarme a expresar las conclusiones de mis lecturas y reflexiones de ambos autores destacando las principales afinidades y discrepancias en la problemática instintos-libertad.

De Freud tengo en cuenta sobre todo los ensayos y estudios dedicados al tema: *Los instintos y sus destinos* (1915), *Más allá del principio del placer* (1920), *El yo y el ello* (1923), *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1932) y el brillante y denso *Compensio del psicoanálisis* (1938). También algunos relacionados con el tema y parte de su epistolario²⁹.

He consultado ampliamente el *Diccionario de Psicoanálisis* de J. Laplanche y J. B. Pontalis, *A Critical Dictionary of Psychoanalysis* de Charles Rycroft y diversas obras sobre Freud de W. Huber, H. Piron, A. Vergote, Ernest Jones, L. Ancona, Paul Ricoeur, Marthe Robert, Plé, Benzo Mestre y otras.

Debo al Dr. Montero Moliner la idea de afrontar este tema y al Dr. Carlos Padrón Estarriol, Profesor de Psiquiatría de la Universidad Autónoma de Madrid y Jefe del Departamento de Psiquiatría en la Clínica Puerta de Hierro (Madrid), además de su amable acogida, valiosas observaciones.

A pesar de estar cada vez más convencido de que el estudio comparativo de Freud-Unamuno en el campo de la instintividad exige una especialidad en psicoanálisis freudiano y lamentando esta carencia personal afronto el riesgo de expresar en este trabajo mis conclusiones personales.

²⁹ *Tres ensayos para una teoría sexual* (1909), *El malestar en la cultura* (1929), *Totem y tabú* (1912), *Introducción al narcisismo* (1914), *El porvenir de una ilusión* (1927), *Moisés y la religión monoteísta* (1934-1938).

A) *El enigma del hombre*

Los dos humanistas se sienten íntimamente atraídos y *cuestionados por el enigma del hombre y del mundo*. Coinciden los dos en orientar sus observaciones y análisis para mejorar la vida humana *sin preocupación por la coherencia con ningún sistema filosófico*.

Unamuno con sus continuos interrogantes sobre el hombre y el sentido del universo prestó un gran servicio de animación del pensamiento y sacudimiento de toda pereza dogmatista. En su renuncia a todo sistematismo no quiso ni ser unamuniano:

Y en cuanto a mi filosofía, que la escriba otro, cualquier menguado unamunista, que yo no lo soy. Seré yo, *ego*, pero no soy egoísta (1934) (VII, 1038).

En Freud es notable la actitud de elegante distanciamiento de todo sistema filosófico que pudiera trabarle en la investigación. Escribe en 1925:

Personalmente no soy partidario de concepciones universales. Es ésta una tarea que debemos dejar a los filósofos, los cuales según repetida confesión, no consideran realizable el viaje a través de la vida sin un total Baedeker con noticias de todo y sobre todo. Por nuestra parte aceptamos humildemente el desprecio con que los señores filósofos nos miran desde su más elevada postura.

Se consuela pensando que todos los «textos guías para la existencia» envejecen pronto y que es precisamente una labor limitada y de corto alcance como la suya la que los obliga a hacer nuevas ediciones³⁰.

Unamuno inquietando con sus interrogantes y análisis, Freud convencido de que la ciencia y la filosofía han arrojado hasta ahora poca luz sobre los enigmas del hombre y del mundo animan a caminar para mejorar la vida humana.

En Freud hay una peculiar acentuación de la búsqueda de certeza: «Solo una paciente perseverancia en una labor que todo lo subordine a una aspiración a la certeza puede lentamente lograr algo»³¹. Es claro que los dos tuvieron en cuenta lo aceptable para ellos de los grandes filósofos y lamentaron no encontrar más luz en la filosofía.

B) *Procesos irracionales*

Atentos a *procesos irracionales del hombre*, distintos de las estructuras básicas en las que solía construirse la filosofía mostraron en su vida y obra *gran interés por los instintos* para esclarecer los conflictos.

³⁰ *Inhibición, síntoma y angustia* (1925), OC, III, 2838. S.E. 20, 96.

³¹ OC, III, 2839.

Freud y Unamuno conocen a Schopenhauer y Nietzsche y la acentuación de los procesos irracionales que hay en la obra de los dos alemanes.

Freud y Unamuno aparecen en sus respectivas obras impactados por Schopenhauer y Nietzsche como estudiosos del comportamiento humano en el que no sólo el yo consciente sino también la instintividad está vigorosamente acentuada.

En Schopenhauer el apetito sexual es la esencia misma del hombre:

Cuanto venimos exponiendo nos explica por qué el apetito sexual tiene un carácter tan diferente de todos los demás, pues no sólo es el más fuerte, sino que su fuerza es de naturaleza específicamente más enérgica; está siempre supuesto como necesario e inevitable y no es, como otros deseos, cuestión de gusto o de capricho; es la esencia misma del hombre. Y si con este apetito lucha cualquier otro motivo, nunca es bastante poderoso éste para triunfar de aquél³².

El filósofo de Danzig califica de seria y digna la inscripción atribuida a Osiris en una columna levantada a los dioses: «Al espíritu, al cielo, al sol, a la luna, a la tierra, a la noche, al día y al padre de todo lo que es y lo que será, a Eros» y no vacila en afirmar que «el instinto sexual es la esencia misma de la voluntad de vivir, y por tanto la concentración de la voluntad general; por esto en el texto del primer volumen llamé a los órganos genitales el foco de la volición»³³.

Nietzsche en *El Anticristo* formula así su Artículo 4.º de la Ley contra el cristianismo: «La predicación de la castidad es una incitación pública a la contranaturaleza. Todo desprecio de la vida sexual, toda impurificación de la misma con el concepto 'impuro' es el auténtico pecado contra el espíritu santo de la vida»³⁴.

En *Autobiografía* reconoce Freud su coincidencia frecuente con los presagios y opiniones de Nietzsche³⁵. No menos, en otras obras, su parentesco con Schopenhauer:

Lo que no podemos ocultarnos es que hemos arribado inesperadamente al puerto de la filosofía de Schopenhauer, pensador para el cual la muerte es el "verdadero resultado" y, por tanto, el objeto de la vida y, en cambio, el instinto sexual la encarnación de la voluntad de vivir³⁶.

Nuestro pensador evitará siempre una filosofía que reduzca el hombre principalmente a la razón, tendrá muy presente el hombre de carne y

³² "Denn sie ist der Wunsch, welcher selbst das Wesen des Menschen ausmacht". S.W. II, p. 655. Trad. de EDUARDO OVEJERO: *El mundo como voluntad y representación*.

³³ MVR, pp. 1067-1068. S.W. II, pp. 655-656.

³⁴ Trad. de Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1974, p. 112.

³⁵ *Autobiografía* (1924), OC, III, 2791. S.E. 20, 60.

³⁶ *Más allá del principio del placer*, OC, III, 2533. S.E. 18, 49-50.

hueso «sujeto y supremo objeto a la vez de toda filosofía» (VII, 109 ss.), los instintos todos como ya hemos visto.

Los dos humanistas en sus observaciones y estudios sobre la instintividad conceden gran valor a la intuición popular sobre el *hambre y el amor* como instintos básicos. Freud reconoce que en la completa perplejidad de sus estudios iniciales descubrió un primer punto de apoyo en el aforismo de Schiller, el poeta filósofo, según el cual «hambre y amor hacen girar coherentemente el mundo»³⁷.

Conocemos ya el punto de partida unamuniano en su estudio de los instintos. El mundo sensible, en cuanto conocido, es hijo del hambre; el mundo ideal hijo del amor (VII, 124). No sólo el hambre nos revela el mundo; también el amor (VIII, 1087).

Freud parte de este hecho para hacer Psicología biológica y establecer los sucesivos dualismos instintuales. Unamuno parte del hambre y del amor para exaltar el instinto de conservación y muy especialmente el instinto de perpetuación (amor) con su sentido íntimo social —la fantasía, facultad de intuimiento, de visión interior— que origina el lenguaje, la razón, el mundo ideal (VII, 124-30). Ambos instintos enmarcados en un peculiar intento de hambre de ser y perpetuarse significan en Unamuno un biologismo plenario, una repulsa del materialismo y una reconquista de valores superiores como estudia Carlos París³⁸.

A pesar de la afinidad bastante común en los conocimientos básicos, Psicología y Biología, y del común punto de partida (hambre y amor) no se encuentra en Unamuno, la *ordenada investigación freudiana sobre los instintos* ni la progresiva sistematización que ofrece el médico vienés como fruto de su experiencia clínica en sus diferentes definiciones de pulsiones y distintos dualismos pulsionales.

En la primera teoría de las pulsiones, Freud opone pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación (pulsiones del yo) en los años 1910-1915 regidas por los principios del placer y de la realidad respectivamente. Las pulsiones son concebidas en términos de fuerza³⁹.

A partir de *Introducción al narcisismo* (1914) cree descubrir que los instintos de conservación son de naturaleza sexual y el yo el objeto primero de la libido que después se orienta a los objetos externos. Las pulsiones sexuales pueden cargar su energía (catectar) sobre un objeto exterior (libido objetal) o sobre el yo (libido del yo, narcisista)⁴⁰.

En *Los instintos y sus destinos* (1915) mantiene esta aproximación a una teoría monista de la energía pulsional⁴¹. *Más allá del principio del*

³⁷ *El malestar de la cultura*, OC, III, 3049. S.E. 21, 117. Cf. *Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*, OC, III, 3154. S.E. 22, 95.

³⁸ *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*, pp. 111 ss., 137.

³⁹ En *El trastorno psicógeno de la visión en la concepción psicoanalista* (1910), OC, II, 1631, 35. S.E. 11, 211-218.

⁴⁰ *Introducción al narcisismo* (1914), OC, II, 2017 ss. S.E. 14, 67 ss.

⁴¹ OC, II, 2039. S.E. 14, 117 ss.

placer (1920) expresa el comienzo del tercer dualismo freudiano en la forma grandiosa del antagonismo Eros (todas las tendencias de autoconservación y conservación de la especie, de naturaleza libidinal) e instinto de muerte (tendencia a la destrucción).

Ya en Londres el anciano Freud compendiando sus concepciones sobre los instintos escribió:

Denominamos instintos a las fuerzas que suponemos tras las tensiones causadas por las necesidades del *ello* (...) Tras largas dudas y vacilaciones nos hemos decidido a aceptar sólo dos instintos básicos: el *Eros* y el *instinto de destrucción*. (La antítesis entre los instintos de autoconservación y de conservación de la especie, así como aquella otra entre el amor yoico y el amor objetal, caen todavía dentro de los límites del Eros). El primero de dichos instintos básicos persigue el fin de establecer y conservar unidades cada vez mayores, es decir, la unión; el instinto de destrucción, por el contrario, busca la disolución de las conexiones, destruyendo así las cosas. En lo que a éste se refiere, podemos aceptar que su fin último es el de reducir lo viviente al estado inorgánico, de modo que también lo denominamos instinto de muerte⁴².

El itinerario de Freud, desde la biología a la psicología por la continua experimentación clínica, proporciona datos para una antropología más integrante de lo irracional-instintivo. Se orienta también hacia la cosmología y una metafísica en la que el dualismo psíquico atracción y repulsión sería una realización análoga de la que rige el cosmos. Tendencia a la disgregación en lo múltiple y tendencia a constituir unidades y ligazones más amplias⁴³. En no pocas ocasiones, gracias al psicoanálisis, se permite el salto a interpretaciones de la cultura, el arte, la religión y la historia.

En Unamuno no hay rigor científico de investigación sobre los instintos ni afán de continua sistematización. Su fina sensibilidad le lleva igualmente a la lectura fecundante que a la observación del hombre y al autoanálisis. Procede muchas veces por intuición. Rara vez hay un conato de sistematización. Su atención a los diversos instintos sigue un ritmo vital no clínico. Mantiene el dualismo derivado del hambre y del amor identificando en *Del sentimiento trágico* instinto de conservación con el hambre; instinto de perpetuación con el amor. Todos los demás instintos que considera en su obra son derivados de estos. Presta una especial atención al instinto sexual y al de muerte. Rechaza toda reducción monista de los instintos. Sin duda acentúa trágicamente el instinto de perpetuación vis-

⁴² *Compendio del psicoanálisis*, OC, III, 3381, 2. S.E. 23, 142, 9.

⁴³ BENZO MESTRE observa: "No deja de ser interesante señalar que, en esa misma época y por caminos muy distintos, Teilhard de Chardin proponía un dualismo cósmico muy parecido, contraponiendo el impulso entrópico del universo, que tiende a disolver lo compuesto en sus elementos constitutivos, y el impulso radial contrario, que tiende a organizar lo simple en estructuras cada vez más complejas y centralizadas" (*Sobre el sentido de la vida*, p. 89, n. 30).

lumbrando horizontes de inmortalidad que Freud no considera. Cuando en sus fases más críticas presta especial atención al instinto de muerte para mí es innegable la resonancia de Freud⁴⁴.

Su obra literario-filosófica como análisis de estados afectivos suscitados por la instintividad es profundamente inquietante, estimula el estudio y la observación del mundo instintual, es un precedente de análisis existenciales posteriores.

Freud y Unamuno deben ser alineados en el género de los *tenaces y audaces dudadores* al cual pertenecen por diversas especificidades Descartes, Copérnico, Darwin, Marx, Nietzsche. Freud fomenta la duda sobre la responsabilidad humana debida al libre albedrío o al yo plenamente autónomo. Vivió en continua investigación sobre las fuerzas del inconsciente que estructuran y modifican la conducta humana desde el ajuste de la personalidad.

Los múltiples interrogantes de Unamuno, englobados en gran parte en su «¿Quién soy yo?», sobre el misterio de la personalidad implicaron en él la duda sobre la libertad, le mantuvieron en continuo análisis y autoanálisis hasta descender a las capas profundas del hombre⁴⁵ e intentar la vivisección penosa del prójimo⁴⁶.

Estos dos dudadores, Freud y Unamuno, contribuyeron a devolver al yo gran parte de su contenido real inconsciente velado por el contenido consciente.

C) *Eros*

La concepción freudiana del *eros* rebasa los límites de la genitalidad y del corrientemente llamado instinto sexual. Utilizado el término eros a partir de *Más allá del principio del placer* (1920) como sinónimo de pulsión de vida dentro de una tradición filosófica y mítica de alcance universal, se opone, en el tercer dualismo pulsional a los instintos de muerte.

⁴⁴ En relación con el instinto tanático en Unamuno cf. MARÍA, J.: *La anticipación imaginativa de la muerte*, OC, V, 61-64; *Muerte y perduración*, OC, V, 187-197. PARÍS, C.: *Las tendencias nihilistas del último Unamuno*, en *Unamuno, Estructura...*, 280-285. GRANJEL, L.: *Obsesión de la muerte*, en *Retrato de Unamuno*, 297; *Vivencia de la muerte*, ibid., 351. SÁNCHEZ BARBUDO: *Los últimos años de Unamuno*, *San Manuel Bueno...*, en *Estudios sobre Unamuno y Machado*, 141-159. ABELLÁN: *Los últimos años*, en *M. de Unamuno a la luz de la Psicología*, 56 ss. BLANCO AGUINAGA: *La naturaleza "regazo" para perder la conciencia*, en *El Unamuno contemplativo*, 273-283. FERNÁNDEZ PELAYO, H.: *La muerte y el suicidio*, en *El problema de la personalidad en Unamuno*, 179-181. AZAOLA: *Las cinco batallas de Unamuno contra la muerte*, CCMU, 2 (1951) 33-109.

⁴⁵ "En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos a los que lo mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan" (II, 1043).

⁴⁶ "¡Cuesta tanto viviseccionar a los prójimos en el anfiteatro de la propia conciencia!" (VII, 670).

Integra no sólo el instinto sexual corrientemente dicho, el no coartado, sino también los impulsos coartados en su fin y sublimados, derivados de él, y el instinto de conservación adscrito al yo. El fin del eros es complicar la vida y conservarla así, por medio de una síntesis cada vez más amplia de la sustancia viva⁴⁷.

La especulación transforma esta oposición (entre pulsiones libidinales y pulsiones de destrucción) en las pulsiones de vida (eros) y pulsiones de muerte⁴⁸. En *Esquema del psicoanálisis* (1938) Freud llama libido a toda la energía del eros⁴⁹. En esta última formulación de su teoría pulsional la finalidad del eros (o instinto de amor) es «establecer y conservar unidades cada vez mayores, es decir, la unión»⁵⁰. El gran enamorado del eros ha seguido pacientemente las vicisitudes de la libido y reconoce que sus conocimientos de ella —exponente del eros— los ha adquirido estudiando la función sexual que en la acepción del pueblo, no en su teoría, coincide con el eros. El alcance de su eros es mucho más amplio.

Conoce como pocos el antagonismo y la combinación eros e instinto de muerte; la interacción sinérgica y antagónica de ambos que da lugar a la variedad de los fenómenos vitales en cierto modo análoga a la polaridad antinómica de atracción y repulsión que rige el mundo inorgánico. La historia misma es enfrentamiento colectivo de ambas potencias instintuales: eros y destrucción. En *El malestar en la cultura* Freud se muestra impresionado por las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y destrucción. Abriga la esperanza de que «la otra de ambas potencias celestes, el eterno Eros despliegue su fuerza para vencer en la lucha con su no menos mortal adversario»⁵¹.

Este aspecto social liberador del eros en la concepción freudiana no suele ser tenido en cuenta⁵². Pienso que el itinerario de Freud desde la biología a la psicología y al humanismo por la continua experiencia clínica proporciona datos para una antropología más integrante de lo irracional instintivo que tiene sus manifestaciones en la vida psíquica superior.

El pensamiento de Freud se orienta también hacia la cosmología concibiendo el origen de la vida como fenómeno cosmológico por la actuación de fuerzas inimaginables y previendo el retorno a lo inorgánico a pesar de los rodeos hacia la muerte debidos al eros. «La meta de la vida es la muerte», «lo inanimado era antes que lo animado»⁵³. Apunta también

⁴⁷ *El yo y el ello* (1923), OC, III, 2717. S.E. 19, 40.

⁴⁸ *Ib.*, 2539. S.E. 18, 60.

⁴⁹ OC, III, 3382. S.E. 23, 149.

⁵⁰ *Ib.* S.E. 23, 148.

⁵¹ OC, III, 3067. S.E. 21, 145.

⁵² GÓMEZ CAFFARENA califica el eros de Freud "principio liberador" en el camino de la superación personalizadora (*Metafísica fundamental*, p. 221). PFISTER elogia a Freud: "No es usted ateo, ya que bien vive para la verdad, vive en Dios, y quien lucha por la liberación del amor está en Dios" (Carta, 19-X-1918).

⁵³ *Más allá...*, OC, III, 2526. S.E. 18, 39.

a una metafísica en la que el dualismo psíquico atracción y repulsión sería una realización análoga a la que rige en el cosmos: tendencia a la disgregación en lo múltiple y tendencia a constituir unidades y ligazones más amplias. En no pocas ocasiones Freud, desde el psicoanálisis, se permite el salto a la interpretación de la cultura, el arte, la religión y la historia.

Esta amplia concepción del eros ofrece *serias dificultades*. Freud orienta al eros en dirección contraria al carácter general conservador de las pulsiones «la total vida instintiva sirve para llevar al ser viviente hacia la muerte»⁵⁴. La innegable «tendencia expansiva del eros se pone en contradicción con la índole general, conservadora de los instintos»⁵⁵. Esta oposición, lo reconoce Freud, podría conducir al planteamiento de nuevos problemas.

El dinamismo sexual en los anteriores dualismos aparecía como energía libre, proceso primario. Ahora, en el nuevo dualismo eros-destrucción es la pulsión de muerte la fuerza primaria, disolvente y tenazmente conservadora del estado primitivo, inorgánico.

Benzo reflexionando sobre la antropología de Freud plantea serios interrogantes ante el dualismo eros-destrucción. Sugiere que de haber tenido tiempo Freud hubiera propuesto un nuevo dualismo pulsional. Considera el ansia de seguridad como la tendencia primaria del psiquismo humano⁵⁶.

Gómez Caffarena juzga inestable y artificiosa la posición freudiana al asociar en Thanatos el origen de la agresividad y de «esa especie de pereza vital que nos hace aspirar al Nirvana»⁵⁷.

Ante la sexualidad Unamuno coincide con Freud en el talante vital de respeto y en la preocupación educadora que subraya la importancia de la razón para el equilibrio psicológico⁵⁸.

No puede decirse de Unamuno que fuese un enamorado de la sexuali-

⁵⁴ *Ib.*

⁵⁵ *El malestar en la cultura*, OC, III, 3050, n. 1705. S.E. 21, 118, n. 1.

⁵⁶ BENZO MESTRE, Miguel: *Sobre el sentido de la vida*, p. 110.

⁵⁷ *Metafísica fundamental*, p. 226, n. 1.

⁵⁸ De la sexualidad en Unamuno se han ocupado:

SERRANO PONCELA: *Eros y Psique*, en *El pensamiento de Unamuno*, pp. 191-200. Estudia con gran penetración sobre todo el eros femenino.

GULLÓN, Ricardo: "Teresa", *novela de amor*, en *Autobiografías de Unamuno*, pp. 218 ss.

ROF CARBALLO, Juan: *El erotismo en Unamuno*, "Revista de Occidente", 7 (1964) 71-96. Fundamental para el estudio del tema. Valora los diversos aspectos de la sexualidad estudiados por Unamuno.

PARÍS, Carlos: *La tragedia de lo erótico*, en *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*, pp. 354 ss. *El amor espiritual, La libido de cuidado y la instintividad diatrófica* (*Ib.*, 359 ss.).

De los múltiples escritos de Unamuno sobre la sexualidad juzgo de especial interés los siguientes en orden cronológico: *El espíritu castellano (En torno...)* (I, 817 ss.). *Vida de don Quijote y Sancho*, caps. XII y XIII (III, 93-103). *A una aspirante a escritora* (III, 479 ss.). *Sobre la lujuria* (III, 316). *Sobre don Juan Tenorio* (III, 316 ss.). *Sobre pornografía* (III, 321 ss.). *Cosmópolis líbrica* (IV, 1248 ss.). *El espejo de la muerte* (II, 432 ss.). *Del sentimiento trágico*, cap. VII (VII, 188 ss.). *Soledad* (II, 474 ss.). *Teresa* (VI, 553 ss.). *La novela de Don Sandalio* (II,

dad como Freud. Por algunos de sus escritos más bien podría deducirse un sereno desinterés. No es el tema de Unamuno. Confiesa que en gran parte de su vida y obra la idea de la muerte es la dominante: «Veo más obrar a la muerte que al amor»⁵⁹.

La vida de don Miguel normal y equilibrada en lo sexual, sin frustraciones ni problemas, aparece centrada en el profundo amor a su esposa. Su producción literaria y filosófica sobre el sexo, pienso con Serrano Poncela, es más bien fría e intelectual⁶⁰. El eros es instrumentalizado con frecuencia en la obra unamuniana en servicio del instinto de perpetuación:

En el amor a la mujer arraiga el ansia de inmortalidad, pues es en él donde el instinto de perpetuación vence y soyuga al de conservación, sobreponiéndose así lo sustancial a lo meramente aparential (III, 98).

Más que el fin biológico del eros, Unamuno estima su capacidad de potenciar el instinto de inmortalidad. Así en el hombre.

El eros femenino lo considera como instinto maternal, libido de cuidado, instrumento del amor a la inmortalidad. Los intentos de sublimación del eros femenino en *La tía Tula* «toda maternidad, pero maternidad de espíritu» (II, 1073) destruyen su vivir. Fuera de la maternidad el amor femenino lo ve Unamuno como peligroso y difícilmente evitable⁶¹.

Hacia 1913 descubro una notable aproximación de Unamuno a Freud en su concepción del amor. Aparece el amor unamuniano brotando del hombre en inevitable conexión con la muerte. La serie de relatos *El espejo de la muerte* (II, 432 ss.) señala el comienzo de esta aproximación. Con Rof Carballo pienso que el erotismo de Unamuno aparece «en conexión demasiada con la muerte», «sin la pausa morosa de la vida»⁶². En casi todas las novelas de Unamuno la muerte acelera el desenlace.

En *Del sentimiento trágico* concibe el amor como lo más trágico de la vida. Todo el Cap. VII «Amor, dolor, compasión y personalidad» está marcado por la presencia agónica de amor y muerte.

Como en Freud la conjunción amor y muerte es vista por Unamuno desde los vivientes ínfimos que se multiplican dividiéndose, en los protozoarios y en todo viviente que, en la tendencia generativa, propaga la vida e inevitablemente tiende a la muerte:

Y todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente, lo que se era, un partirse, una muerte parcial. Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar de la muerte... (VII, 188).

1157). *Un pobre hombre rico* (II, 1187). *Don Juan Tenorio* (III, 1041). Prólogo a *El Hermano Juan* (V, 714 ss.).

⁵⁹ Carta a Ganivet (14-X-98), "Insula", noviembre 1948.

⁶⁰ *El pensamiento de Unamuno*, p. 191.

⁶¹ *Ib.*, 199.

⁶² *El erotismo en Unamuno*, pp. 78-79.

En algún momento de la reflexión unamuniana es notable el paralelismo con algún párrafo de Freud en *Más allá del principio del placer* (1920) publicado siete años después de *Del sentimiento trágico*. Sólo cabe hablar de común conocimiento de la biología y una cierta connaturalidad y coincidencia en la bipolaridad amor y muerte⁶³.

Tal vez la máxima aproximación a Freud en este ensayo se da al afirmar que «el amor sexual es el tipo de generador de todo otro amor» (Ib. 188). Pensamiento que nos permite incluir todos los tipos de amor sublimado considerados por Freud.

D) *Eros y perpetuación*

La gran diferencia con respecto a Freud es que Unamuno salta enseñada del amor sexual, marcado de íntimo desgarramiento, genésico y destructivo, sin más horizonte de perpetuación que la vida del otro (VII, 188), al amor espiritual nacido del dolor, de la compasión y de la muerte. Un amor que todo lo ama y lo personaliza. También al Todo para librarnos de la nada (Ib. 191, 2). Este amor espiritual «es un contrasentido si no hay Dios» concluye Unamuno al final del capítulo (Ib. 201).

Dios no existe para Freud. Es uno de los mitos que hay que destruir al convertir la metafísica en metapsicología, es psicología proyectada en el mundo exterior⁶⁴, neurosis obsesiva universal⁶⁵, sublimación grandiosa del padre y de la madre⁶⁶.

⁶³ Coinciden los dos también en citar a Schopenhauer teniendo presente su voluntad de vivir (de personalización) y su pesimismo: la muerte y la nada es el verdadero resultado. (FREUD en l.c. III, 2533. Y UNAMUNO en l.c. VII, 196). Freud confiesa haber llegado “inesperadamente al puerto de la filosofía de Schopenhauer” (Ib.). Ya en 1917 lo había citado como precursor “cuya voluntad inconsciente puede equipararse a los instintos anímicos (...) y que atrajo la atención (...) con frases de inolvidable penetración sobre la importancia, desconocida aún de los instintos sexuales” (*Una dificultad del psicoanálisis*, OC, III, 2436. S.E. 17, 143-144). En *Autobiografía* (1924) afirma Freud que la coincidencia con Schopenhauer “no puede atribuirse al conocimiento de sus teorías”. Lo ha leído en época muy avanzada de su vida (OC, III, 2791. S.E. 20, 60). Sobre importancia del instinto sexual en Schopenhauer, “Esencia misma del hombre”, “esencia de la voluntad de vivir”, cf. Schop. Verke, II, p. 655, 6. MVR, pp. 1067-1071. Sobre el paralelismo Freud-Schopenhauer cf. *The Encyclopedia of Philosophy*, New York, The McMillan Company and Free Press, 1967, vol. 7, p. 329. De la presencia de Schopenhauer en Unamuno me ocuparé ampliamente en este Cap. III, siguiente apartado.

⁶⁴ *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), OC, I, 918. S.E. 6, 258, 9.

⁶⁵ *Obsesiones y prácticas religiosas* (1907), OC, II, 1342. S.E. 9, 126, 7.

⁶⁶ *Un recuerdo de infancia de Leonardo de Vinci*, OC, II, 1611. S.E. 11, 123. Estimo que ALBERT PLÉ en *Freud et la religion*, París, 1968 (Traducción española de José Luis Legaza, BAC, Madrid, 1969) ha seguido seriamente la pista al pensamiento de Freud sobre la religión en sus obras y ensayos *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, *Obsesiones y prácticas religiosas*, *Totem y Tabú*, *Un recuerdo de infancia de Leonardo de Vinci*, *El por venir de una ilusión*, *El malestar en la cultura*, *Moisés y el monoteísmo* y escritos diversos.

La postura personal de Freud decidida desde los primeros escritos aparece en

Aunque el fuerte anhelo de Dios e inmortalidad de Unamuno descrito repetidas veces desde su agonismo tenga un notable parecido y hasta coincidencias con los procesos descritos por Freud y haya dado ocasión a los diversos estudios sobre la psicología de Unamuno citados en este trabajo, pienso que nuestro pensador mantiene una notable diferencia respecto al eros freudiano tendente a unidades de la sustancia viva cada vez más amplias pero en definitiva limitado a un horizonte terreno y vencido irremisiblemente por las pulsiones de muerte que tienden a reducir lo viviente al estado inorgánico.

Fuera de los momentos críticos de nihilismo y de tendencias de retorno a lo inorgánico⁶⁷ Unamuno no quiso eliminar el sentido de su anhelo amoroso que sería contrasentido sin Dios. Como tampoco quiso en su agonismo eliminar a la razón antagonista que «no nos prueba que exista Dios, pero tampoco que no pueda existir» (VII, 198).

Su deseo de conceder realidad al mundo espiritual, hijo del amor descubierto con la fantasía «facultad de intuimiento», de visión interior» (VII, 193), le lleva a la máxima unión y ligazón previsible para el eros e impensada por Freud, la unión y eternización de todos en Dios (Ib. 198-201). De modo grandioso el amor sexual en Unamuno «generador de todo otro amor» (VII, 188), el eros unamuniano en su proceso creador-psicológico merece el elogio que según Theon de Esmirna había grabado Osiris: «Al espíritu, al cielo, al sol, a la luna, a la tierra, a la noche, al día y al padre de todo lo que es y lo que será, a Eros»⁶⁸. Llega en su proceso generador de todo amor, también del espiritual, como hemos visto, «a querer que haya Dios, a crear a Dios en una palabra. ¡A crearle, sí! Lo que no debe escandalizar se diga ni al más piadoso teísta. Porque creer en Dios es en cierto modo crearle, aunque El nos cree antes» (VII, 201).

El juicio de Unamuno sobre *Totem y Tabú* «libro terrible —como casi todos los suyos, de Freud» (VII, 669, IX, 1205), y una inmensa parte de la obra unamuniana, revela el hondo desacuerdo del humanista vasco con

el resto de su obra reforzada con los descubrimientos del psicoanálisis.

De gran interés considero la correspondencia de Freud con Oscar Pfister, pastor y analista. El 9-X-18 le escribe Freud: “Respecto a la posibilidad de la sublimación hacia la religión sólo me queda envidiarlo desde el punto de vista terapéutico. Pero lo hermoso de la religión desde luego no pertenece al psicoanálisis” (*Correspondencia, 1909-1939, Sigmund Freud, Oscar Pfister*, México, FCE, 1966, p. 59).

Es particularmente densa y bella la carta de Pfister a Freud exponiendo su estima de la religión (24-XI-1927). Con gran respeto y amistad escribe a Freud el 20-II-1928: “La gran diferencia radica principalmente en el hecho de que usted se desarrolló en contacto con formas religiosas patológicas y las considera como ‘la religión’ en tanto que yo tuve la suerte de poderme orientar hacia una forma religiosa libre...”. “Yo no creo que el psicoanálisis elimine el arte, la filosofía, la religión, sino que ayuda a purificarlas” (9-II-1929).

Con agudeza y concisión ha escrito ANDRÉS TORNOS: *Psicoanálisis y Dios*, Madrid, 1969.

⁶⁷ Cf. BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*, pp. 273 ss.

⁶⁸ Citado por Schopenhauer, W., II, p. 655. MVR, p. 1067.

respecto a Freud en religión y alcance del amor. La audaz postura freudiana, intentar confirmar con el psicoanálisis su increencia y sin embargo reconocer que «lo hermoso de la religión no pertenece al psicoanálisis»⁶⁹ no es la actitud de Unamuno.

La tendencia humanista universalizadora de Unamuno contrasta con la dificultad de Freud para concebir el amor universal «fenomenal inflación de amor» que «no puede lograr más que su devaluación»⁷⁰. La moral «invasora, dominadora, agresiva, amorosa» (VII, 272 ss.) de Unamuno que comenté en el Cap. II de este trabajo parece una réplica anticipada a Freud que critica el mandamiento del amor al prójimo⁷¹.

Este vuelo del amor espiritual unamuniano a partir del eros, del amor sexual, significa también que la fantasía creadora de Unamuno está más lanzada hacia el futuro y aun hacia la inmortalidad. En Freud la dinámica de la fantasía que ha alentado la investigación se orienta más al pasado que al futuro.

El análisis que ha hecho Unamuno de sí y de otros no sólo le ha descubierto la misteriosidad de los fundamentos mismos de la naturaleza humana concibiéndola como inacabada, que no termina en la biología y ni siquiera en la psicología, sino que, en muchos casos, tiende también a lo trascendente.

Ante el eros freudiano no sublimado y su energía, la libido, Unamuno adopta una actitud recelosa, interrogante y aun polémicamente lo rechaza como impulso fundamental del dinamismo humano. Si tomamos en serio el interrogante planteado en el Prólogo a *El Hermano Juan o El mundo es teatro* (1934) «¿Y la lujuria? ¿La libido?» (V, 714) hay que concluir que nuestro pensador no tiene en cuenta el carácter complejo del eros freudiano: conservación del yo, de la especie, instinto sexual y, en procesos de sublimación, potenciador de la capacidad artística, cultural, religiosa.

La actitud polémica de Unamuno es el rechazo:

Hay dos principales concepciones llamadas materialistas de la historia, dos materialismos históricos: el de Carlos Marx y el de Segismundo Freud. Y frente a ellas, y *en gran parte contra ellas*, una que podríamos llamar concepción —acaso mejor: sentimiento— histórico de la materia. Hay la concepción materialista del hambre, la de la conservación del individuo material, del animal humano, y hay la de la reproducción, que es también conservación del género material humano, del linaje. Y las dos, en el fondo, se completan y hasta se funden (...).

Mas frente a esta doble concepción materialista de la historia —diri-

⁶⁹ Carta a Pfister (9-X-18).

⁷⁰ *El malestar en la cultura*, OC, III, 3066. S.E. 21, 143.

⁷¹ *Ib.*

gida ésta por el hambre y por la libido— hay la concepción histórica de la materia, la de la personalidad. Algún filósofo la llama vanidad... (V, 714). (Subrayado mío)⁷².

Unamuno está «en gran parte» contra el eros freudiano como dinamismo básico que dirige la historia. Le opone la lucha por la personalidad; a la biología la biografía: «no se trata de biología sino de biografía» (ib.). A la necesidad física y material de conservarse y reproducirse enfrenta «la necesidad psíquica, espiritual, de representarse y con ello de eternizarse, de vivir en el teatro que es la historia de la Humanidad» (Ib. 715). En este prólogo acentúa el autor la eternidad de la fama. Más adelante enfrenta eros y agapé. Se niega a llamar amor a la libido freudiana. La reduce polémicamente con sus interrogantes «¿lujuria?», «¿rijosidad?».

Frente a Freud señala el «misterio religioso que envuelve al meramente erótico» (Ib. 717) no aceptando, pienso, el reduccionismo freudiano que integra eros coartado y no coartado.

Sin embargo, no es tanto el distanciamiento de Freud al retomar sus propias concepciones sobre el amor expuestas en *Del sentimiento trágico* ya comentadas. Reaparece la estima del amor sexual ordenado por «la santa costumbre». Con él se conserva «la personalidad histórica». Es goce de reproducción y de muerte (V. 720). La ambivalencia humana amor-muerte se orienta como en *Del sentimiento* a una reproducción-resurrección. Unamuno ensalza el amor humano en el cauce de la vida más íntima y entrañada «el que funda y basa la tradición, la historia, la humanidad (...) el amor de cada día —el Padre nuestro que está en los cielos nos lo dé hoy— el que hace a la mujer y a su hombre hombre» (V. 722). Pero más limitado que Freud en la problemática de la sexualidad no abordó otros muchos problemas tal vez por considerarlos colindantes con la pornografía que tanto fustigó. Rof Carballo le acusa en cierto sentido: «El que supo liberarse de tantas prisiones tradicionales, continúa en esto encerrado en una limitación ancestral»⁷³.

Si Unamuno estuvo «en gran parte» contra el eros freudiano se debe, pienso, a la gran parte de él que no consideró como tal eros, a la sospecha

⁷² En *La novela de Don Sandalio* (1930) anticipa: "El problema más hondo de nuestra novela, o sea del juego de nuestra vida, no está en la cuestión sexual, como no está en cuestión de estómago. El problema más hondo (...) es un problema de personalidad, de ser o no ser..." (II, 1180).

⁷³ *El erotismo en Unamuno*, art. c., p. 82. Reconoce sin embargo que en el estudio de algunos aspectos de la sexualidad se adelantó a la investigación posterior. Destaca "Impulso diatrófico y apetito sexual" (Ib. p. 83); "epidemiología familiar" (Ib. p. 84); "amor y agresividad femenina" (Ib. p. 87); "necesidad varonil de aceptar la feminidad que existe en el fondo del subconsciente masculino" (Ib. p. 92); "amor y economía" (Ib. p. 93); "distorsión diatrófica y la esencia de lo femenino" (Ib. p. 94). Concluye: "Unamuno ha abordado los problemas del erotismo español con una profundidad que no encontramos en ningún otro escritor de nuestra lengua" (Ib. p. 96).

de erotismo desbordado (lujuria) y, sin duda, al enorme alcance del amor espiritual que intentó fomentar.

E) *Libertad*

Unamuno joven negó *la libertad*. Superó difícilmente su honda convicción determinista⁷⁴. En sus planteamientos filosóficos con frecuencia subrayó la duda sobre la libertad. En sus obras de creación literaria abultó las dificultades contra ella⁷⁵. Con más frecuencia aún describió el proceso de la libertad humana y mantuvo definiciones diversas. Su actividad política fue una continua y difícil defensa de la libertad humana.

Freud es considerado como uno de los constantes defensores del determinismo psicológico. Escribe A. Vergote:

Freud nunca dudó del determinismo psicológico; para él la libertad psicológica es un residuo de la arbitrariedad de la conciencia. Cuando no tenemos razones para actuar, el vacío de la conciencia produce la impresión de libertad, pero esta conciencia de libertad es equívoca: aprovecha el trabajo del consciente, del que toma los pensamientos y acciones que había preparado para dar la impresión de que actúa por su propia cuenta⁷⁶.

Para mí tiene gran importancia que Unamuno superase el determinismo al ritmo de su propia evolución minuciosamente analizada y que Freud asignara a la cura psicoanalítica el fin de «darle al yo la libertad de decidirse en un sentido o en otro»⁷⁷. Reconoce que «la investigación psicoanalítica no puede esclarecernos la necesidad de que el individuo sea así, sin poder manifestarse en forma ninguna distinta». En el mismo ensayo sobre Leonardo de Vinci, al hablar del proceso de sublimación del gran humanista añade: «En otro individuo no se habría desarrollado o hubiera alcanzado mucha menor amplitud. Hemos de reconocer aquí un margen de libertad que el psicoanálisis no puede determinar»⁷⁸.

⁷⁴ «Antaño, largo tiempo ha, había sido un decidido determinista ni siquiera toleraba que se le hablase del libre albedrío: tan irracional le parecía este supuesto. Pero luego, estudiando más el asunto, habíasele quebrantado aquella cerrada fe determinista y ahora (...) ha echado la cuestión de determinismo o libre albedrío a la orilla de la metafísica, adonde raras veces baja. Ya no cree que la ciencia ha llegado a poner en claro tal cuestión, sino que se enreda siempre en una petición de principio» (1904) (I, 1139).

⁷⁵ Tiene sentido un libro como el de DAVID G. TURNER: *Unamuno's Webs of Fatality*, construido a base de las dudas y dificultades planteadas por Unamuno.

⁷⁶ *El conocimiento del hombre por el psicoanálisis*, p. 195, 6.

⁷⁷ *El yo y el ello* (1923), OC, III, 2722, n. 1647. S.E. 19, 50, n. 1.

⁷⁸ *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci* (1910), OC, II, 1618. S.E. 11, 135.

Gracias a la función intelectual el yo secundario es capaz de decidir y escoger. En eso consiste según Freud todo el arte de vivir:

La decisión de cuándo es más adecuado dominar las pasiones y doblegarse ante la realidad, y cuándo se sabe atacar directamente al mundo exterior, constituye la clave de la sabiduría⁷⁹.

En su maravilloso *Compendio del Psicoanálisis* (1938) el anciano Freud utiliza la terminología «libertad de decidir», «responsabilidad», «libertad de movimiento del yo». La descripción de procesos de examen y decisión tiene un auténtico sabor de proceso libre:

De esta manera el yo decide si la tentativa de satisfacción debe ser realizada o diferida, o si la exigencia del instinto no habrá de ser suprimida totalmente por peligrosa (he aquí el principio de la realidad). Así como el *ello* persigue exclusivamente el beneficio placentero, así el yo está dominado por la consideración de la seguridad (...). El yo se protege contra esto (posible confusión que podría llevar a desconocer la realidad) estableciendo la función del *juicio* o examen de realidad⁸⁰.

Es explicable la alineación de Freud entre los deterministas psicológicos. No pocos textos⁸¹ y la autoridad de algunos admiradores del investigador vienen a avalar.

Es comprensible la opinión de los que sostienen que las afirmaciones de Freud sobre el determinismo psicológico se refieren a los casos clínicos observados pero que su convicción personal expresada en la finalidad propia del psicoanálisis era otra. Los elementos de la libertad real, la intervención de la conciencia y la aprobación de los motivos para actuar así son constatables en los procesos descritos por Freud gracias al psicoanálisis. Lo que no encontramos en él son los planteamientos metafísicos de la libertad humana. Los evitó expresamente. Pienso con Vergote que «sería equivocado oponer a la tesis metafísica de la libertad el análisis clínico de la impresión de libertad»⁸².

El psicoanálisis freudiano y el evolucionado a partir de él llevan a la admisión de la libertad en el campo empírico psicológico. Luis Martín Santos escribe: «En tanto la posible causalidad subyacente a las conductas humanas libres no sea descubierta y controlada, podremos utilizar provisionalmente el dinamismo de la libertad como una de las fuerzas actuantes en la cura psicoterapéutica»⁸³.

Aceptar al hombre como responsable de sí, descubridor y realizador

⁷⁹ *Análisis profano* (1926), OC, III, 2922. S.E. 20, 201.

⁸⁰ OC, III, 3414. S.E. 23, 199.

⁸¹ Cf. PLÉ: *Freud y la moral*, p. 84, n. 63.

⁸² *El conocimiento del hombre por el Psicoanálisis*, p. 196.

⁸³ *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*, p. 65, 66.

de su propio destino, actualizando en momentos importantes, a veces cruciales, la decisión fundamental de su vida o cambiando la orientación, no significa ya una concepción ingenua de la libertad humana como la que pudo existir antes de Freud. Todo afecto pasa por el fantasma de la sexualidad infantil. No cabe dudar ya de la situación edípica como conflicto universal diversamente resuelto. La presión instintual puede ser tan fuerte que ahogue la libertad. Los instintos definidos en 1938 por Freud como «fuerzas que suponemos tras las tensiones causadas por las necesidades de ello (...) causas últimas de toda actividad»⁸⁴ están en el funcionamiento de nuestra libertad.

Por otra parte sería ingenuo pensar que el hombre es libre al decidir ante cada motivación. Algunas motivaciones pueden ser totalmente coactivas y ahogar la libre decisión.

No es posible concebir una autonomía absoluta del yo enfrentado a sus tres relaciones de dependencia de la realidad, del ello y del super-yo. La situación deseada por Freud en la terapia psicoanalítica, que la triple dependencia no afecte la organización del yo ni menoscabe su autonomía, que el yo debilitado tome partido contra las exigencias instintuales del ello y las demandas morales del super-yo, es difícil no sólo para el psiquismo afectado por conflictos agudos, también para todo hombre en muchos momentos. Las instancias instintuales son con frecuencia más fuertes que las exigencias del super-yo cuyo signo depende no sólo de las relaciones niño-padres y de la índole personal de aquéllos sino también de las tradiciones familiares, raciales y culturales que ellos perpetúan.

La función de *decisión tras el juicio* y examen de realidad descrita por Freud como función constructiva⁸⁵ es necesaria pero difícil. La toma de conciencia de la dificultad elimina la concepción ingenua de la libertad humana y realza la importancia de la función constructiva: «La satisfacción instintual inmediata e inescrupulosa, tal como lo exige el ello, llevaría con harta frecuencia a peligrosos conflictos con el mundo exterior y a la destrucción del individuo»⁸⁶.

Freud y Unamuno al acentuar la instintividad no permiten una concepción ingenua ni romántica de la libertad. Gracias a ellos también cobra para mí un sentido más preciso la descripción de una libertad «solamente humana» formulado por Paul Ricoeur⁸⁷.

F) *Procesos racionales*

La acentuación y análisis de lo instintivo no impidió a ninguno de los dos humanistas conceder una gran *importancia a la razón* para la evolu-

⁸⁴ *Compendio del Psicoanálisis*, OC, III, 3381. S.E. 23, 148.

⁸⁵ *Compendio del Psicoanálisis*, OC, III, 3413. S.E. 23, 199.

⁸⁶ *Ib.* OC, III, 3413. S.E. 23, 198.

⁸⁷ *Philosophie de la volonté*, pp. 453-456.

ción y equilibrio de la persona. Freud confió en la razón. Los procesos intelectuales tienen una gran importancia para el ajuste del organismo. A partir de *Más allá del principio del placer* (1920) y de *El yo y el ello* (1923) en la terminología freudiana que personifica dramáticamente las áreas mentales, el yo pretende conciliar las demandas antagónicas del ello, totalmente amoral, y del super-yo que puede ser hipermoral y hasta cruel como el ello⁸⁸. En el estudio de Freud sobre las importantes funciones del yo destaca que «por su relación con el sistema de la percepción establece el orden temporal de los procesos psíquicos y los somete al examen de la realidad». Es la «interpolación de los procesos mentales» la que consigue un aplazamiento de las descargas motoras y domina los accesos a la motilidad⁸⁹.

Pfister, después de leer por décima vez *El yo y el ello* escribe a Freud: «Me he alegrado al ver que usted a partir de esta obra, se ha encaminado hacia los jardines de la humanidad, después de haber registrado casi únicamente los sótanos y las cloacas de sus casas»⁹⁰. El doctor y analista Pfister no es sospechoso de desestimar la investigación freudiana del ello. Pretende amistosamente alentar la labor investigadora de Freud para que siga esclareciendo las importantes funciones intelectivas.

En *Compendio del psicoanálisis* (1938) afirma Freud que la función constructiva del yo consiste en interponer entre la exigencia instintual y el acto destinado a satisfacerla una actividad intelectual que orienta en el presente utilizando experiencias interiores y trata de prever las consecuencias de las propuestas⁹¹. Así el yo realiza su función de autoconservación por *el juicio y examen de la realidad y decide* si la tentativa de satisfacción debe ser realizada o diferida. Aunque el éxito jamás sea pleno y completo por el antagonismo de las instancias y porque la subordinada dará lugar a complicaciones psíquicas, como reconoce Freud⁹² la importancia de la función intelectual del yo es fundamental en la psicoanalítica de la personalidad.

Unamuno, que estudia también, analiza y acentúa los instintos, no deja de conceder gran importancia a la razón en sentido de proceso intelectual. El capítulo II de este trabajo «La libertad como conciencia de la ley» nos ha proporcionado múltiples pruebas. En el capítulo IV «Límites del voluntarismo unamuniano» nos mostrará una casi constante exaltación de la razón.

El Unamuno agónico y espiritualista, principalmente en *Del sentimiento trágico* y escritos posteriores a la crisis del 97, estima y describe tendencias, que él califica como irracionales, del instinto de perpetuación.

⁸⁸ *El yo y el ello*, OC, III, 2725. S.E. 19, 54.

⁸⁹ *Ib.* S.E. 19, 55.

⁹⁰ *Correspondencia 1909-1939*. Carta a Freud (5-IX-80), p. 130.

⁹¹ OC, III, 3413. S.E. 23, 199.

⁹² OC, III, 3417. S.E. 23, 204.

Como dije anteriormente, en el fomento libre de estas tendencias, está la razón que examina y juzga. La «visión interior», la intuición unamuniana, es básicamente racional.

Sin duda está también, Unamuno lo repite incansablemente, en su oposición a los instintos desencadenados y al voluntarismo irracional que impide la convivencia ciudadana. En la reflexión sociopolítica de Unamuno «la voluntad que se abre paso por medio de la razón» es protagonista. Los instintos y las pasiones los considera ciegos e inmorales por su capacidad de nublar la inteligencia y provocar una decisión inmoral.

Los instintos sexuales desorbitados, fuera de cauce, estragan la inteligencia. Constante unamuniana:

La obsesión sexual en un individuo delata, más que una mayor vitalidad, una menor espiritualidad. Los hombres mujeriegos son, de ordinario, de una mentalidad muy baja y libres de inquietudes espirituales. Su inteligencia suele estar en el orden de la inteligencia del carnero, animal fuertemente sexualizado, pero de una estupidez notable (III, 317).

En sus llamadas a la inteligencia podría suscribir el pensamiento y experiencia de Freud:

Mas la satisfacción instintual inmediata e inescrupulosa, tal como el ello la exige, llevaría con harta frecuencia a peligrosos conflictos con el mundo exterior y a la destrucción del individuo⁹³.

La obra de Freud y Unamuno alienta al difícil equilibrio entre la fuerza instintual muchas veces gratificante y el principio represor de la cultura y la civilización. En la búsqueda del equilibrio los procesos intelectivos tienen en ambos una importancia decisiva.

En breve *reflexión conclusiva* no dudo en afirmar que el estudio Freud-Unamuno ante la problemática instintos-libertad es sugerente. Coinciden ambos humanistas coetáneos en el común interés por el mundo instintual. Hay afinidades y discrepancias en la determinación y descripción de los instintos básicos (destrucción y eros en Freud; filósofo-literario en Unamuno). Ambos merecen ser alineados entre los tenaces animadores de la duda en el universo psicológico-filosófico. Con sus interrogantes sobre la responsabilidad del yo y sus análisis de los instintos contribuyeron a devolver al yo gran parte de su contenido real inconsciente velado por el consciente.

Aunque Unamuno superó su convicción determinista, subrayó después con frecuencia la duda sobre la libertad, abultó las dificultades contra ella. Silenciar que describió con constancia y variedad el proceso de la libertad

⁹³ *Compendio del Psicoanálisis*, OC, III, 3412. S.E. 23, 198.

y mantuvo diversas definiciones de ella es falsear a Unamuno. Su vida pública fue una continua y difícil defensa de la libertad.

Aunque Freud repitió rotundas afirmaciones sobre el determinismo psicológico y la ilusión de la libertad posibilitadas por la experiencia clínica, asignó sin embargo a la cura psicoanalítica el fin de darle al yo la libertad de decidirse en un sentido o en otro, reconoció márgenes de libertad que el psicoanálisis no puede determinar y, sobre todo al final de su vida, insistió en la importancia de los procesos intelectuales y volitivos (examen, juicio, decisión) para la autonomía del yo. Su vida profesional fue un continuo y difícil intento por liberar el amor constructivo y pacificador.

Freud y Unamuno, conocedores de Schopenhauer y Nietzsche, han aportado datos y métodos para una antropología más real e integradora de la instintividad irracional. Justo es también reconocer la importancia concedida por ambos humanistas a la razón para la conservación y evolución equilibrada de la persona.

JESÚS MENDOZA NEGRILLO